
CONSIDERACIONES

FILOSÓFICAS, MORALES Y RELIGIOSAS

SOBRE

EL SUICIDIO.

Suicidarse es cobardía.
(TOUSSAINT).

REFLEXIONES PRELIMINARES.

La noble criatura de Dios, el rey de la naturaleza, el hombre formado para conocer y poseer la verdad eterna, está disgustado de ella, y se ha cansado de existir; invoca la nada, y ¡cosa horrorosa! en su insensato furor se arranca la vida voluntariamente. ¡Abismo, misterio de iniquidad incomprensible!

De todos los seres sensibles¹ el hombre únicamente puede suicidarse, al paso que la bestia es incapaz de darse la muerte; prueba cierta que hay un principio en el hombre que domina el organismo, que no se encuentra en los animales. Estos, bajo el imperio invencible de su instinto de conservación, deben constante y necesariamente resistir á todas las causas destructivas de su ser: decaen, se consumen poco á poco y mueren, pero no se destruyen ellos mismos; prueba que en la bestia no hay nada que pueda conocer su estado, y que mande á la organizacion que se sustraiga de él.

¹ Véase el Cuadro del orden jerárquico de la universalidad de los seres terrestres.

Los animales son incapaces por su naturaleza de tener noción alguna de la muerte; no la pueden conocer como término de la existencia desgraciada ó de la infelicidad, porque ninguna idea tienen de la prosperidad y de la desgracia, que son sentimientos de una condicion del orden moral, de los que es absolutamente incapaz la naturaleza animal. Regularmente no empleamos estas locuciones que repugnan al sentido comun: un animal es desgraciado ó feliz, es imbécil ó loco, ó tiene talento. Nada de esto se dice seriamente, porque una bestia carece de ingenio y de sentimiento moral. Los animales no pueden llevarse á un acto ó á un fin que les es desconocido y que no les es posible conocer. En solo el hombre existe un principio inteligente y libre, una potencia soberana, dueña de la materia y del organismo, la cual, por un abuso triste de su libertad, y por una depravacion inconcebible, rompe, como si fuese un vaso de tierra, la mas noble y la mas sublime de todas las organizaciones.

El suicidio es un crimen enormísimo, un crimen irremisible, porque no cabe en el arrepentimiento; un crimen contra Dios, contra los hombres ó la sociedad; un crimen finalmente contra el mismo que á él se abandona.

I. — EL SUICIDIO ES UN CRÍMEN CONTRA DIOS.

El que se mata á si mismo usurpa los derechos del Señor, desprecia abiertamente sus santas leyes, se niega á llenar los deberes sagrados hácia Dios; finalmente, deja por su propio movimiento, cual pérfido desertor, el puesto honroso de su vida.

1.º Usurpa los derechos de Dios, del árbitro soberano de la vida y de la muerte, porque es Dios quien dió la vida, el movimiento y el ser á todo cuanto bajo del sol respira. El hombre no puede mirar la vida como un bien del que puede disponer á su arbitrio, porque es un depósito que se le confió, y solo al dueño del depósito pertenece el retirarlo cuando lo juzgue conveniente.

2.º Desprecia la ley de Dios. Esta ley es la de la naturaleza, grabada en el corazon de todos los hombres, que les lleva inven-

¹ In ipso vivimus, et movemur, et sumus. (Act. XVII, 28).

ciblemente á todos á huir de la muerte y de todas las causas destructivas de su ser. Esta ley universal é inmutable, que es de todos los tiempos y de todos los lugares, y que domina á todos los hombres, la desprecia el suicida, y se rebela contra ella con todo su poder.

3.º Se niega á llenar los deberes sagrados hácia Dios. Dios ha señalado á todos y á cada uno de los dias del hombre deberes que este ha de llenar, sea hácia él mismo con la religion, la adoracion y el culto, sea hácia sus semejantes con las diversas relaciones sociales; y no puede el hombre disminuir el número de sus dias, sin que por ello no disminuya la medida y la extension de los deberes que le exige Dios. Luego el suicida niega á Dios lo que le debe.

4.º Finalmente el suicida deja por su propio movimiento, como un desertor infame, el puesto honroso de su vida.

La vida presente no es mas que una prueba para merecer otra mejor; es un corto período de dias, llenos de miserias, de penas y trabajos; un tiempo de paso para disponernos á entrar en nuestra verdadera patria. Es, pues, un crimen el renunciar á esta esperanza, rebelarnos contra una orden sábia, y suponer que la Providencia no quiere poner término á nuestras penas y dolores: esto es lo que hace el suicida.

II. — EL SUICIDIO ES UN CRÍMEN CONTRA LA SOCIEDAD.

Dios no nos ha creado para solos nosotros, sino para la sociedad; las ventajas que nos procura esta desde nuestro nacimiento no podrán nunca ser suficientemente compensadas con los servicios que la hemos hecho. La sociedad ha recogido al hombre del seno de su madre, le ha educado, nutrido, vestido y alojado; le ha dado la existencia moral é intelectual, le ha procurado, en una palabra, toda suerte de bienes y de ventajas, en ocasion en que se hallaba incapaz de hacer nada por ella; esta deuda no puede satisfacerse sino con el empleo de toda la vida. «El suicida la priva de un miembro que puede todavía serla útil, porque ¿cómo colocar á un hombre en posicion que le asegure que la sociedad no

«necesitará de él? Un hombre de bien luchando con el infortunio «es un espectáculo sensible del que no debe privar á la sociedad; «y si somos culpables por desgracia, ella sola tiene el derecho de «juzgarnos y de castigarnos. ¿Por qué, pues, atentar contra sus «derechos, y darla un funesto ejemplo, que á ser contagioso la «despoblaria? El que la abandona, pues, antes del término marca- «do por la naturaleza, es injusto hácia ella¹.»

En otro tiempo, el Paganismo habia señalado en el Tártaro un sitio particular de suplicios para los insensatos y los desgraciados que se daban la muerte ellos mismos. Sócrates, Platón, Pitágoras y sus discípulos sostenian, que la vida es solamente una estacion en la que Dios ha colocado al hombre, y así, que este no puede abandonar cobardemente el puesto de la vida por capricho ó fantasía, sin violar las leyes universales del orden y de la economía de la divina Providencia.

Pero, se dirá, en cualquiera posicion que me halle, es para continuar mientras que me encuentro en ella bien, y para dejarla si me encuentro mal. Segun este principio, cuando se creará alguno mal en esta tierra, le será permitido el dejarla, y como cada cual piensa á su manera sobre la dicha ó la desgracia acá abajo, todos los que se crean infelices tendrán el derecho de matarse. ¡Qué principios!

Mas yo de nada sirvo; soy inútil en el mundo; á esto contestaremos con las palabras de J. J. Rousseau. «Filósofo de un dia, ¿acaso ignoras que no puedes dar un paso en la tierra sin que en ella «no encuentres un deber que cumplir, y que todo hombre es útil «á la humanidad, solamente porque existe? Cuando te halles tentado de abandonar la vida, dí en tí mismo: *Si pudiese todavía hacer alguna buena accion antes de morir*; y luego busca algun indigente á quien socorras, á un desgraciado á quien consueles; y «si te retiene hoy esta consideracion, te retendrá mañana, pasado «mañana, y toda la vida.»

¹ *Filosofía de Flotte*, tomo II, pág. 140.

III. — EL SUICIDA COMETE UN CRÍMEN CONTRA SÍ MISMO.

La inmortalidad del alma es consecuencia necesaria de la existencia de Dios, como lo hemos ya probado; y si el suicidio es hoy de una frecuencia inaudita y desconsoladora, es porque se ha negado el alma inmortal, y se es por consiguiente materialista¹. El que se expone libre y voluntariamente al peligro manifiesto de ser soberanamente desgraciado, merece serlo; es cruel y criminal hácia sí mismo, y esto es lo que hace el suicida. Sabe ó debe saber, que está destinado á una dicha ó á una desgracia eterna, segun habrá ó no cumplido con los deberes que Dios le pide, así que puede razonablemente juzgar que no los ha cumplido todos, pues que cada dia tiene de nuevos que desempeñar; luego comete una grande iniquidad, un crimen contra su alma, contra sí mismo. (La division arriba adoptada no es en el fondo sino la de la filosofía de Lyon. Véase tomo III).

CAUSAS DEL SUICIDIO.

La verdadera causa, la causa primera y general del suicidio, es la ausencia de la fe y de las creencias religiosas, la ignorancia de la Religion, y sobre todo la falta de sus prácticas. Todo esto se resume en el Materialismo.

Y en efecto reina esta enfermedad particularmente en los pueblos donde la fe y las convicciones religiosas son casi nulas, y no ejercen por consiguiente en la poblacion sino poquisima influencia. La experiencia tiene probado, que en todas las naciones el suicidio es mas frecuente, á proporcion que disminuye el sentimiento religioso. Los pueblos incrédulos, que viven bajo el imperio del Materialismo, se embrutecen por lo general por los sentidos, entregándose á los placeres del cuerpo, y concentrando en los goces físicos todas sus afecciones. Se extingue poco á poco la vida de la inteligencia ahogada con el peso de la materia, dando-

¹ ¿Qué es lo que no se niega hoy? Se acabará por negarlo todo, porque no se puede ó no se quiere comprender nada, ó mas bien porque nada se quiere practicar.

les este suicidio intelectual gustos de ruina y destrucción; endurecese su alma, y se complace en espectáculos de sangre y de crueldad: llegado que es el hombre á este grado de depravación moral é intelectual, no tiene para la vida sino un desprecio brutal y feroz, y ya en su instinto salvaje no respeta ni la vida de su semejante, ni la suya propia; testimonio es el suicida y el duelista.

La otra gran llaga de la sociedad, y acaso la mas incurable, origen á la vez de un infinito número de males, es la ignorancia de la Religión, y hasta de las primeras verdades religiosas y morales, y por consiguiente de los principales deberes. El hombre que ignora, no tiene fe ni amor, porque no conoce: la antorcha de su inteligencia no da sino una luz pálida, una luz débil é incierta. Su espíritu, privado de su alimento necesario, la verdad, cae desfallecido, y muere, por decirlo así, de languidez y de inanición, porque el hombre no solo vive de pan, sino tambien de la palabra de Dios, es decir, de la verdad ¹. En tal estado de degradación ignora su fin y su destino, ignora á Dios, se ignora á sí mismo, y en nada cree, porque todo lo ignora; y aquí acaba el dominio de la razón.

La ignorancia religiosa y moral conduce naturalmente al abandono de las prácticas de la Religión, porque de ordinario no se practica lo que no se ama, y no puede amarse lo que se ignora. *Ignoti nulla cupido.*

El culto es la expresión de los dogmas religiosos: olvidar el culto y la práctica de la Religión, es borrar poco á poco de la imaginación y de la memoria á la Religión y á sus dogmas, y constituirse voluntariamente en una ignorancia culpable de lo que importa al hombre saber, es decir, los preceptos y los deberes morales y religiosos. Hé aquí el camino que directamente conduce á la incredulidad absoluta; estas son las verdaderas causas primitivas del suicidio, de este crimen horroroso que está condenado por todas las leyes de la Europa moderna y civilizada, y hasta por el Alcoran.

«En Lyon y en Versalles, durante la triste época del terror, diezmo el suicidio millares de familias; y esta consideración ha

¹ Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo, quod procedit de ore Dei. (*Matth.* iv, 4).

«llevado á los médicos materialistas á no ver en este acto atroz «sino una enfermedad del cuerpo, y del cerebro especialmente, que «tiene sus períodos de recrudescencia, como la fiebre amarilla ó el «cólera, en vez de ver una enfermedad del alma que, ajada y seca «por la impiedad, cesa de creerse inmortal, y pretende escaparse «de las agonías de la vida, apelando pérfidamente á la nada.» (*Henrion*).

Parece efectivamente que los médicos en general miran el suicidio como efecto de una simple enfermedad, independientemente de otra cualquiera influencia. El Sr. Esquirol ¹ asegura que la opinión que hace mirar el suicidio como efecto de una enfermedad ó de un delirio agudo, parece haber prevalecido en nuestros días hasta contra el texto de las leyes y los anatemas del Cristianismo ².

De suerte que no tardaremos en oír: Tal sujeto se ha dado la muerte, mas ha sido atacado del suicidio, como de la fiebre ó del cólera.

¹ *Diccionario de ciencias médicas*, tomo LIII, pág. 213.

² En otra parte dice Esquirol: «Las leyes eclesiásticas, que condenan toda «clase de asesinatos, han condenado el homicidio de sí mismo como el mayor de los crímenes, porque no deja acceso alguno al arrepentimiento. Todas «las legislaciones modernas, á las que han servido de base las leyes de la Iglesia, han infamado el suicidio. En Inglaterra los cadáveres de los suicidas se «echaban á un muladar; posteriormente se les ha enterrado en el campo entre «tres caminos. En Francia estos cadáveres eran arrastrados por las calles sobre una estera. Todas estas leyes están en desuso, especialmente en Francia «y en Inglaterra, en donde se elude su ejecución con un certificado de un médico que justifique que el suicida habia perdido el juicio.» (*Dic. de ciencias médicas*, tomo LIII, pág. 279).

En la página anterior Esquirol dice, que siendo casi siempre el suicidio efecto de una enfermedad, no puede castigarse, no imponiendo la ley pena sino á los actos voluntarios.

Esta asercion, cuya falsedad probaremos mas adelante por el raciocinio, y sobre todo por hechos irrefragables, está, según el mismo Esquirol, en oposición con las leyes eclesiásticas y civiles, y hasta con todas las legislaciones modernas, que todas condenan é infaman el suicidio. No se puede condenar ni infamar sino lo que es criminal; y ninguna ley de la tierra condenará jamás un suicidio, ni aun un homicidio cometido por un loco, porque en él no hay sino un acto puramente material, y cometido sin libertad moral. Luego todas las leyes modernas, civiles y eclesiásticas miran el suicidio como un acto criminal; luego no es efecto de una enfermedad ó de un delirio agudo.

Si hoy prevalece esta opinion de los médicos contra las leyes civiles y las leyes del Cristianismo, es una desgracia, porque es falsa. Pero admitámosla como verdadera, y consideremos á todos los suicidas no evidente y ostensiblemente enajenados, sino atacados de enfermedad ó de delirio agudo; entonces preguntaremos, ¿por qué el efecto de este delirio agudo ó el suicidio no se observa precisamente sino en las gentes sin creencias, sin principios, y sobre todo sin prácticas religiosas?

Por lo general un suicida estremece á una poblacion, á un cuartel ó distrito de ella, y á cualquiera clase de la sociedad que pertenezca este tráfuga de la vida, de cualquiera edad, sexo ó temperamento que sea, si no pasa por loco á los ojos de las personas que le conocen, estad seguros, y podeis afirmarlo de antemano, que este individuo era un hombre sin religion y sin creencias, ó á lo menos sin prácticas religiosas, ó que ignoraba completamente la Religion. Se nos dirá que personas muy religiosas pueden atentar contra su vida. Sí; pero este suicidio puramente material no ocurre sino en un estado evidente de enajenacion mental, y es por consiguiente cometido sin libertad moral; y en este caso deja de ser un crimen. Se nos objetarán todavía las observaciones de Gall, que refiere que personas muy devotas que reunen á la fe la práctica de la Religion, y que desean vivamente morir para ir á gozar de la felicidad eterna, no pudiendo por principio de conciencia resolverse á darse la muerte ellas mismas, han preferido matar á otro con el objeto de merecer que se les mate, en castigo de su crimen; y hé aquí su raciocinio: «Si me suicido, mi alma es perdida para siempre; pero si ejerzo el asesinato sobre otro, no por esto dejaré de perder mi vida, pero tendré el tiempo de arrepentirme, y Dios me perdonará¹.» Ó estas personas no esta-

¹ Segun esto, el que está resuelto á matarse podrá muy bien por cualquier motivo atentar contra la vida de su semejante, porque no le contiene nada, ni aun el miedo de la muerte. «Uno de los mayores principios que debe hacer valer la sociedad contra el suicidio es, que desde que la vida ya no es nada para un hombre, es dueño de la de los demás; de modo que del deseo de morir al deseo de matar no hay mas que un paso... De cualquiera manera que se considere el suicidio, se le puede definir como un robo hecho á la sociedad, y como un atentado contra la naturaleza.» (Delisle, *Fil. de la naturaleza*, tomó III, pág. 309).

ban en su juicio, y en este caso su historia no hace para nuestro asunto, ó se hallaban en una grosera ignorancia de la Religion; entonces confirma su conducta lo que dejamos establecido, á saber, que la causa del suicidio es la ignorancia de la Religion: notad bien que todavía eran los principios religiosos los que han impedido el suicidio directo; por lo demás, la práctica de la Religion no es preservativo contra el suicidio si no se reune con los principios de la fe ortodoxa.

Ahora si consideramos lo que el suicidio es á los ojos de la Religion y de las leyes humanas, se verá que no es un *delirio agudo*, una *enfermedad*, sino un acto verdaderamente criminal, porque es cometido con mas ó menos libertad, segun la fuerza de la pasion que le ha ocasionado ó determinado; pero que sea ó no el suicidio una enfermedad, siempre se observa en la misma clase de individuos. Solo el irreligioso es víctima de este delirio agudo, ó mas bien de esta pasion súbita y violenta, porque no recibiendo de la Religion ningun socorro, ni arma alguna para defenderse de ella, se abandona á la fogosidad impetuosa y casi indómita de sus pasiones; mientras que el hombre religioso resiste con el auxilio de la fe, y sale victorioso de la lucha, encontrando en ella el uno su perdicion y su vergüenza, y el otro su gloria y su triunfo. Voy mas léjos: admito que este último caiga á los golpes de la misma adversidad que el incrédulo (lo que raras veces debe suceder, porque por lo general es mas moderado en sus deseos, y mas prudente en sus negocios y empresas); admito, digo, que el hombre de convicciones religiosas sienta la perturbadora influencia de estas violentas conmociones, de estos choques bruscos y terribles que trastornan y despedazan á los que no tienen fe ni Religion; en este caso resistirá á la tempestad, porque es fuerte por la fuerza de su fe; continúa tranquilo, y muestra una resignacion perfecta á la voluntad de Dios: podrá sin duda alligirle, porque es hombre, un trastorno repentino, una pérdida súbita de su fortuna; pero esto no le desespera, el justo, el verdadero sábio, el filósofo cristiano, permanece en pié y tranquilo entre las ruinas: *impavidum ferient ruinae*... Ninguna tormenta terrestre le trastorna, ningun acontecimiento humano le abate, porque se halla fijo y firme encima de la roca inmutable de la fe. Este principio

poderoso de acción le hace fuerte y capaz de todo; sí, el que cree todo lo puede, *omnia posibilia sunt credenti*¹. Viajero de un día en las regiones extranjeras, mira los movimientos de la vida que se llaman desgracias, como accidentes del viaje: continúa su camino al través de los tiempos, y no se para hasta que ha llegado al reposo de su patria eterna y verdadera.

Ciertamente que muchos se habrían dado la muerte si no hubiesen sido retenidos por los principios religiosos: los mismos médicos, como Esquirol, refieren hechos en apoyo de esta asercion; nosotros podríamos citar también algunos.

Si, según la opinion que se supone que hoy domina, ó según la doctrina de los médicos, el suicidio es efecto ordinario de una enfermedad, la Religion ha evitado millares de suicidios, y millares de enfermedades que lo habrían determinado. ¿Podrá acaso decirse otro tanto de la medicina ó de las demás instituciones humanas? ¿Se encuentran muchas personas que digan: Yo me hallaba reducido á una desesperacion horrorosa por la pérdida total y repentina de toda mi fortuna, de mi honor, de mi reputacion, etc.; la medicina únicamente me ha impedido de sucumbir á mi desesperacion, y de concluir con mi desgracia por medio del suicidio? Y en el caso que consiguiese la medicina este feliz resultado, lo debería más bien á los medios morales que la procuraría la Religion, que á los recursos materiales de la terapéutica. Filósofo crítico, despreciador orgulloso de las creencias religiosas, concibe, en fin, que la Religion es una cosa buena, pues que impide que los hombres se vuelvan locos y se maten.

Es muy singular que sea más frecuente el suicidio en los pueblos á medida que se retira de ellos el Catolicismo, y que se desconozca generalmente en los que la religion católica se observa y se practica exactamente. El suicidio era desconocido en España mientras este pueblo ha sido observador sincero de la religion católica, y que la ha practicado exactamente. Observad lo sucedido en Inglaterra, ¡tierra clásica del suicidio desde que el Catolicismo ha sido de ella desterrado²! En los Estados de Italia, de Aus-

¹ Marc, ix, 22.

² «Los romanos, dice Voltaire, que no tenían el esplin, no ponían ninguna dificultad en darse la muerte; y era porque racionaban y eran filósofos...

tria y de otros países católicos de Alemania, el suicidio ha sido siempre raro; y si hoy se ha hecho más frecuente, no es sino á proporción del espíritu de impiedad y de filosofía, que ha traído á estos pueblos la corrupcion y la desmoralizacion, y hecho fermentar las masas con el fuego de las revoluciones y de las guerras incesantes.

Retrocedamos por un instante á los tiempos felices de la primitiva Iglesia: en estos siglos de fe y de amor no se conocía el suicidio. El Paganismo materialista, cruel y voluptuoso, era el único que estaba en posesion de este secreto infernal que enseña al hombre á destruirse él mismo... Testigos los Epicúreos y los Estóicos que permitían los suicidios á sus sábios.

Más adelante ó más acá de estas épocas ya no se vió reinar este crimen de lesa sociedad en todas las nuevas cristiandades que tan maravillosamente han sido levantadas en casi todos los puntos del globo, en las Indias, en el Japon, en América, etc., etc.; y encontradme, si es que podéis, un solo caso de suicidio en esta república admirable del Paraguay, fundada por los Jesuitas. «Algunos pobres clérigos, penetrando con una cruz de madera en la «manó en aquellas regiones incultas, habitadas por salvajes, crearon en ellas con solo el poder de la verdad y de la virtud una república tan perfecta, que la imaginacion en sus sueños más brillantes no se representó jamás nada semejante. Hubiera podido creerse ver algunos afortunados hijos de Adán, escapados «de la maldicion que aterró á su raza, gozar en paz de la inocencia y de la dicha que la sigue en los bosques deliciosos de «Eden¹.»

En Inglaterra mismo, en los días más hermosos de su fe, antes que se revelase contra la verdad, ó sea antes de su grande y funesta herejía, ¿se vió acaso como se ve hoy ejerciendo el suicidio su imperio y sus deplorables trastornos? Y aun actualmente,

«Hoy los ciudadanos ingleses son filósofos, y los ciudadanos romanos no son «nada; por esto los ingleses se quitan la vida con orgullo cuando les parece.» (Cuestion. enciclopéd., art. Suicidio).

En cuanto á los franceses, se sabe lo que son después de Voltaire; racionan, son filósofos, y se matan filosóficamente.

¹ Tratado sobre la Indiferencia en materia de religion, tomo I, pág. 420.

¿que diferencia no se nota sobre este particular entre la Irlanda católica y la Inglaterra protestante ¹!

Se dirá tal vez, ¿por qué tantos suicidios en Francia, siendo como es un país católico? La razón es sencilla; consiste en que los que terminan voluntariamente su vida sin ser atacados de ninguna enfermedad, no son cristianos católicos sino por el carácter del bautismo, y por el nombre que este Sacramento les impone; pero no por la conducta y las virtudes que les enseña la religión católica. Y á la verdad no son ni católicos ni protestantes, ni positivamente cristianos, porque si hubiesen sido buenos católicos, no se habrían suicidado por mas reveses que hubiesen tenido que soportar.

¹ Hacia muchos meses que esto se hallaba escrito, cuando supe que un noble Par de la alta Cámara legislativa habia sostenido con razón en la sesión del 7 de febrero de 1838, que el escepticismo y la irreligion son las causas mas determinantes del aumento del número de los enajenados, y que este número despues de Enrique VIII se acrecentó prodigiosamente en Inglaterra. De otro lado, y en la misma sesión, el ministro del Interior miraba como positivo que la enajenación mental proviene especialmente de los vicios que afligen á la humanidad, y no creia que sobre este punto hubiese divergencia de opiniones en la Cámara.

Resulta, pues, de la semejanza de estos dos discursos que los vicios que afligen á la humanidad se han aumentado prodigiosamente desde Enrique VIII; esto es evidente. Hemos probado que desde esta misma época, en la que el Catolicismo fue proscrito de Inglaterra, el número de suicidios se ha tambien aumentado prodigiosamente entre los ingleses; y que son los vicios y las pasiones los que los causan. Se sigue, pues, que la abolición del Catolicismo no solamente es causa del gran número de suicidios en Inglaterra, sino tambien del de los locos. Ahora, que el suicidio sea ó no efecto de una enfermedad, poco nos importa; siempre se deduce que la supresión del culto católico en Inglaterra ha llevado allí todos los vicios y todas las pasiones, que son la causa principal del excesivo número de muertes voluntarias y de locos.

Ya en 1821 habia probado este hecho el Sr. de Lamennais; estas son sus palabras:

«En el reinado de Enrique VIII el número de locos aumentó prodigiosamente en Inglaterra, y despues ha ido siempre en incremento; en Francia «aumenta tambien todos los años; y estamos persuadidos que en España, donde hace treinta años era el país en que habia menos, se multiplicarán indudablemente á medida que disminuirá allí la fe. Un médico italiano habia calculado en el siglo último, que existian en Italia, proporcionalmente á su población, diez y siete veces menos locos que en los países protestantes.» (*Tratado sobre la Indiferencia en materia de religion*, tomo II, pref., p. LXXV).

¿De dónde viene, pues, esta ventaja inmensa de la religión católica sobre el Protestantismo? De la inmóvil y sólida columna de la verdad, basa del edificio católico, contra la cual no prevalecerá ninguna potencia creada, y en segundo lugar de todas las prácticas santas y eminentemente vivificadoras del Catolicismo. Y efectivamente, la confesión católica por ejemplo, ¿no es por ventura una palanca moral de un poder infinito? Serian necesarios muchos volúmenes para referir los males que ha evitado este tribunal de misericordia, y los bienes sin número que ha proporcionado. Penetrad en el secreto de las familias, y sabréis lo que deben los hombres á esta admirable institución divina. ¡Cuántos odios aplacados, cuántas enemistades apaciguadas; cuántos parientes, cuántos ciudadanos reconciliados; cuántas iniquidades prevenidas, restituciones obradas, delitos reparados; cuántas víctimas arrancadas al vicio, penas consoladas, desesperaciones calmadas, y suicidios impedidos! Finalmente, ¿qué dulzura celestial é inefable no derrama la confesión sobre las almas! No es de nuestro objeto el entrar en estos detalles; nos contentaremos con referir aquí abreviadamente un solo hecho bien singular de un suicidio prevenido por el solo medio de la confesión.

«... Un jóven de una provincia lejana de la capital, no encontrado en su libertinaje en vez de esta embriaguez de la felicidad que «de él se habia prometido, sino disgusto, amarguras y tormentos, «el horror de la vida se apoderó de él, y determina desembarazarse «del peso de una carga que venia á serle de mas á mas importuna «é intolerable. Por consideraciones no obstante al honor de su familia, sobre la cual temia recayese el oprobio de la acción que «estaba meditando, tomó el partido de irse á París, y de enterrar «allí con su vida, debajo las olas del Sena, su nombre y su memoria.

«Llegado que hubo á la capital se decide felizmente á prorogar «la ejecución de su designio funesto; y sea horror de su destrucción, ó sea un resto de esperanza, quiere tentar una prueba última, y beber hasta la hez la engañosa copa del placer. Consume «me en el juego, en los espectáculos y en toda clase de excesos «todos los recursos que le quedan en dinero.

«... Acuérdate que es costumbre en su país el prepararse con la

« confesion al gran viaje del otro mundo; dócil á esta inspiracion,
« entra en la primera iglesia que se le ofrece al paso, San Roque,
« y se presenta á su vez al sagrado tribunal, en donde un santo
« cura parece esperar expresamente á la oveja extraviada. Este
« penitente singular hace su confesion de la manera mas comple-
« ta posible en su estado de grosera ignorancia; se acusa con can-
« dor de todo lo que cree malo, mas sin decir palabra de su dis-
« posicion al suicidio; y con la misma ingenuidad pide en seguida
« la absolucion. El confesor atónito, le representa con dulzura la
« necesidad de tomar un término razonable para consolidar la obra
« de su conversion é instruirse, y le convida á que venga á verle
« de tiempo en tiempo para recibir consejos y la instruccion fun-
« damental que le falta. Este lenguaje no podia convenirle á un
« hombre á quien no quedan de vida mas que veinte y cuatro ho-
« ras, y alega la imposibilidad absoluta en que se halla de volver.
« Esta palabra es un rayo de luz para el confesor, que en el fondo
« de esta pobre alma descubre un fatal secreto, cuya declaracion
« sabe mañosamente alcanzar.

« Yo tenia; Padre, alguna repugnancia en confesárselo, replica
« este desgraciado; mas puesto que lo exigis, debo deciroslo: ma-
« ñana me suicido, por esto os pido hoy la absolucion.

« Entonces se rasga el velo espeso que le oculta la verdad; se
« le declara la ilusion extraña en que se halla, el crimen de su dis-
« posicion homicida, y el término fatal á que le conduciría. Es-
« tremecido á la vista del abismo á que iba á precipitarse, se lanza
« en los brazos de la misericordia que se le ofrecen abiertos para
« recibirle, resuelto á satisfacer á toda la severidad de la justicia
« divina: pide una casa de penitencia, la mas austera posible; fi-
« nalmente, venido poco despues á la Trapa, encuentra en medio
« de las privaciones y de las austeridades la dicha que buscara
« en vano en el seno de las voluptuosidades sensuales; y esto es
« lo que ha mas de cien veces confesado á sus diferentes superio-
« res, en alabanza de la Gracia. ¡ Se concibe la venturosa revoluc-
« ion de un corazón hambriento de felicidad, que así pasa de una
« horrenda desesperacion á la mas deliciosa esperanza!

« Yo era desgraciado, dice; no esperaba hallar en ninguna par-
« te esta felicidad para la cual sentia latir mi corazón; iba á hacer

« irremediable mi desgracia, haciéndola eterna; con un paso mas
« habria llegado al abismo de todos los males; la mano de Dios me
« ha detenido milagrosamente al borde del precipicio; me ha des-
« cubierto la perfecta dicha en la que no me atrevia á esperar, y
« que miraba como un sueño y como una ilusion; me ha colocado
« en el camino seguro que á ella conduce... Despues de quince
« años de la vida de la Trapa que le habian parecido un instante,
« y durante los cuales no hubo que reprocharle sino un fervor de-
« masiado excesivo, se durmió en el Señor, no solamente con re-
« signacion y calma, sino con los transportes del amor mas vivo,
« y con los deseos mas ardientes para la patria celestial ¹.»

DE LAS PRINCIPALES CAUSAS OCASIONALES Ó DETERMINANTES
DEL SUICIDIO.

No consideramos aquí el suicidio como efecto de una lesion in-
telectual ó afectiva, es decir, de una enajenacion mental, ó de
una manía ó monomanía: estas son enfermedades que privan al
hombre de su razon y de su libertad, siendo por consiguiente del
dominio de la patología ó de la medicina. No queremos hablar aquí
ahora sino del suicidio cometido con conocimiento, reflexion y li-
bertad, y que por lo mismo es mas ó menos criminal ante Dios y ante
los hombres. Convenimos, sin embargo, que puede haber casos en
que una imprevista y violenta explosion de una pasion cualquiera,
ó una desesperacion extrema puede quitar al hombre toda su ra-
zon y libertad; y este es el caso del delirio agudo de los médicos,
del cual hemos ya hablado, ó mas bien una verdadera pasion agu-
da que aquí asimila el suicidio al homicidio cometido bajo el im-
perio de las mismas circunstancias y de las mismas pasiones. En
el actual estado de nuestra depravacion moral, las leyes positivas
humanas deben poner una grande diferencia en la aplicacion de
las penas afflictivas, segun el grado de reflexion y de libertad pre-
suntas; pero á los ojos de la justicia eterna, los crímenes no son
tan considerados en sí mismos como en su principio y en su cau-
sa, en el sentido que el hombre tenia el poder de evitarlos, me-

¹ La Trapa mejor conocida, pág. 176. Este santo varon falleció en 1827.